

Presentación y selección de textos literarios

Laura Klein

Ensayista, poeta, licenciada en filosofía. De sus ensayos, mencionemos *Fornicar y matar. El problema del aborto*, Planeta (2005); reeditado por Booket (2013) bajo el título *Entre el crimen y el derecho*. Su último libro de poemas: *La comedia de los panes*, Hilos (2011). Dicta seminarios de filosofía y dirige talleres de pensamiento y escritura. Correo electrónico: lau_klein@yahoo.com.ar

¿Qué son las pasiones tristes? ¿Cuándo es triste una pasión?

Para algunos, éstas tienen su ombligo en el odio y se nutren de él. Otros apuntan al miedo, que nos apunta a todos.

Entre una pasión desgraciada, la usura sentimental y el estilete de una congoja, las fronteras pueden ser ambiguas, y esa misma ambigüedad un aguijón de múltiples significados.

Y si el resentimiento nos muerde la cola día a día uno se convierte en lo mordido. No importa cómo seas, ni hace falta un acontecimiento espectacular para que irrumpa el miedo por alguno de nuestros poros.

Estos textos proponen las insidiosas y cotidianas pasiones tristes, no como estaciones donde identificarse ni patologías donde encerrarse. Como dice en algún lugar Gilles Deleuze: *Si ustedes están tristes, es que los han atrapado*.

Drummond de Andrade, el poeta de la flor y la náusea cuyos hombros soportan el mundo, y éste no pesa más que la mano de un niño. Juan Ramón Jiménez, que nos corta el aliento con sus prosas sobre crímenes naturales cortan el aliento: *Vení que te pego en la boca del estómago* –sí, el de “Platero y yo”. Y Celia Gourinski, que nos lanza, tierna e impiadosa, a la inocencia feroz.

Congreso internacional del miedo

Provisionalmente no cantaremos el amor,
que se refugió por debajo de los subterráneos.
Cantaremos el miedo, que esteriliza los abrazos,
no cantaremos el odio porque ese no existe,
existe apenas el miedo, nuestro padre y nuestro compañero,
el miedo grande de los sertones, de los mares, de los desiertos,
el miedo de los soldados, el miedo de las madres, el miedo de las iglesias,
cantaremos el miedo de los dictadores, el miedo de los demócratas,
cantaremos el miedo a la muerte y el miedo al después de la muerte,
después moriremos de miedo
y sobre nuestros túmulos nacerán flores amarillas y medrosas.

Carlos Drummond de Andrade (Minas Gerais 1902/Río de Janeiro 1987)



La hijastra Boni

Desde que su padre se volvió a casar, fue una hija para su madrastra y su madrastra una madre para ella. Se le dio la mejor habitación, los mejores muebles, los mejores vestidos, el mejor sitio en la mesa. Los mimos y las atenciones eran constantes:

-Niño, respeta a tu hermana.

-Niña, anda con tu hermana.

-Que queráis mucho a vuestra hermana.

Y los niños: “Hermana Boni, hermana Boni.”

Sólo a ella le llamaban hermana. A Carmen, Carmen, y a ella hermana Boni.

Luisito dormía a veces, como un honor infantil, en el cuarto de hermana Boni. El médico venía para ella a cada instante. Tenía los mejores postres y las mejores medicinas. Cuando tuvo novio, la madrastra la dirigió y la acompañó como a una hija. Cuando se casó se hicieron preparativos mejores que para ninguna otra fiesta. Todo se trajo de la capital.

Casada y madre, la casa de su madrastra era el fin de su paseo. Sus hijos eran más mimados que los de los hijos

Cuando la madre y madrastra se estaba acabando, entraban todos los hijos al cuarto de la agonía. Toda la tarde la moribunda había estado callada sonriendo. Entró Boni y la madrastra abrió los ojos hacia otro lado, como viendo otra cosa que nunca había visto y de la que nunca había hablado. Y con voz honda dijo:

-Ese pajarraco...

Después...

Se murió santamente, seriamente, como siempre había vivido.

El quieto

Cuando pudo vencer, después de tanto, aquella terrible, desgastadora inquietud del ruido, le vino la de la temperatura. Luego, sucesivamente, la de la luz, la de la hora, la del teléfono, la de las visitas, la de los encuentros... todas las fue venciendo.

Iba a ser feliz a su modo –y al de Kant-. Y entonces le vino la invencible inquietud del remordimiento por la quietud conquistada.

El médico

Desde sus 19 años, fue el médico tan necesario para él como o más, que el comer o el dormir, o más todavía, porque no podía dormir ni comer sin su relativa presencia, porque no podía dormir ni comer sin su relativa presencia. ¿Qué secreto misterioso, inescrutable, había venido a él desde el principio del mundo, sabe dios de dónde y cuándo, que, a la muerte repentina de su padre, se manifestó tan decididamente como una agresión, un romper de manantial, de flor o un nuevo nacimiento?

En aquellos días podía hacerlo todo con médico a la vista o a la oída, podía atreverse a todo, podía ser capaz de todo. Hasta de lo más peligroso para la vida. No era pues un problema de muerte sino de muerte sin médico. Sin médico cerca o previsto, su pulso latía incontable en las centenas, su corazón se le salía por la boca, le invadía un sudor frío, se entregaba a la inconciencia desesperada.

En realidad, repito, la muerte no era para él lo más grave, lo grave era morir sin médico que le dictara la muerte, como para otros el confesor que salva la vida. Con médico al lado no le importaba la muerte en la vida. Entonces decidió que lo enterraran junto a un médico, y cuando murió el doctor X, su amigo, compró una fosa vecina, no necesariamente la inmediata. Vecina era bastante, porque tampoco quería médico presente, médico molesto, médico testigo de todo él. Sólo médico para un posible accidente natural o provocado.

Murió con médico y fue enterrado junto al médico. Si no le importaba morir con médico en la vida, nada le importaría estar muerto en la muerte con médico muerto. Sólo que a la hora de morir sintió una congoja. Si trasladasen al médico vecino, hombre ilustre, al Panteón de Hombres Ilustres... El debiera haber previsto esto y reservarse una tumba en el Panteón de Hombres Ilustres que le había sido ofrecida en la Real Academia Española.

Y murió con una inesperada congoja pensando: “¿Qué me podría ocurrir si trasladaran al médico? ¿Resucitaré sin médico, para vivir otra vez una vida miserable, sólo por aquello? ¡Tan bien como yo iba a descansar al fin, para siempre, eternidad de eternidades! ¿Resucitaré?”



El gotoso

2. Los papelitos

Necesidad de mirar siempre atrás y debajo, por si se han caído papeles. Mañana y noche, bajo los muebles. Idea de que en todas partes anota algo, en los márgenes de los periódicos, y de ahí, necesidad de guardarlos. Al barrer, mirar la basura recogida, por si los hay allí. Sufrimiento atroz.

4. La repetición

Necesidad de repetir dos o tres veces cada cosa: mirar a ver si hay fuego, en un cuarto, la ropa, etcétera, por creer que no lo he hecho bien.

Necesidad de repetir en el pensamiento todos los actos del día, levantarme, lavarme, etc.

Sufrimiento atroz.

5. Las ideas fijas

Todo en él tomaba carácter de idea fija. Lectura de periódicos; sucesos. Composición de lugar de todo. Necesidad de trasladarse a todo y ser espectador o héroe de cada suceso.

Martirio de trasladar cada noche al día siguiente la carga de las ideas o sentimiento fijos.

Luego ellas solas se iban desvaneciendo, muriendo, como cohetes ennegrecidos después de la explosión que se perdían en la noche.

Juan Ramón Jiménez (Huelva 1881/Puerto Rico 1958)

Gravedad

Hay tanta muerte en los arrepentimientos

En verano se ama caminar bajo la lluvia, en medio de

los pájaros y adornarse con el barro de los adioses,
ganando su infinita gracia de la tristeza

En verano es bello el agobio del calor y los yacarés
que juegan con los hombres mansos en la orilla de
la laguna

Sí, es bello no pedir perdón ni en una estación ni en
las otras

No me arrepiento de haber besado a quien asesinó en
la cima del amor, hay tanta muerte en los arrepentimientos

Demiurgos con sus filtros me penetran y susurran
cuán pocos inmortales persisten en el recuerdo

Celia Gourinski (Buenos Aires, 1938/2008)

